

Homilía Sobre la Gula y la Embriaguez



Posiblemente por James Pilkington

Una homilía contra la gula y la embriaguez

Habéis oído en el Sermón anterior, amados, la descripción y la virtud del ayuno, con el verdadero uso del mismo. Ahora oiréis cuán repugnante es ante Dios la gula y la embriaguez, para más bien impulsaros a utilizar el ayuno con más diligencia. Entended, pues, que Dios Todopoderoso, para que podamos conservarnos incontaminados y servirle en santidad y justicia según su palabra, ha encargado en sus Escrituras a cuantos esperamos la manifestación gloriosa de nuestro Salvador Cristo, lleven su vida con toda sobriedad, modestia y templanza. Por lo cual podemos aprender cuán necesario es que todo cristiano, para no ser encontrado desprevenido por la venida de nuestro Salvador Cristo, viva sobrio en este mundo presente; ya que de otra manera, no estando preparado, no podrá entrar con Cristo en la gloria; y, al estar desarmado para ello, se encuentra en continuo peligro ante ese cruel adversario, el león rugiente, contra quien el apóstol Pedro nos advierte que nos preparemos con continua sobriedad, para que podamos resistir, estando firmes en la fe. Por tanto, con la intención de que esta sobriedad pueda usarse en todo nuestro comportamiento, será conveniente que os declaremos cuánto ofende toda clase de excesos a la Majestad de Dios Todopoderoso, y cuán gravemente castiga el abuso inmoderado de sus criaturas, las cuales ordenó para el mantenimiento de esta nuestra necesitada vida, como alimentos, bebidas y vestidos, y nuevamente para mostrar las enfermedades nocivas y los grandes males que comúnmente siguen a aquellos que desmesuradamente se entregan a ser llevados precipitadamente por los placeres que van acompañados, ya sea con comida delicada y abundante, o con vestidos costosos y suntuosos.

Y primero, para que podáis percibir cuán detestable y odioso es todo exceso en la comida y en la bebida ante el rostro de Dios Todopoderoso, recordaréis lo que escribió San Pablo a los Gálatas, donde cuenta la glotonería y la borrachera entre esas horribles cosas; crímenes con los cuales (como él dice) nadie heredará el reino de los cielos (Gálatas 5:21). Así, él los cuenta entre las obras de la carne y los asocia con la idolatría, la prostitución y el asesinato, que son las mayores ofensas que pueden nombrarse entre

los hombres. Porque el primero despoja a Dios de su honor; el segundo contamina su santo templo, es decir, nuestros propios cuerpos; el tercero nos hace compañeros de Caín en la matanza de nuestros hermanos; y quien los comete, como dice San Pablo, no puede heredar el reino de Dios. Ciertamente, ese pecado es tan odioso y repugnante ante la faz de Dios, que le hace alejar en extremo su rostro favorable de nosotros, y cerrarnos las puertas y desheredarnos de su reino celestial. Él aborrece tanto todo banquete bestial, que, por su Hijo nuestro Salvador Cristo en el Evangelio, declara su terrible indignación contra todos los dioses del vientre, al sentenciarlos bajo maldición diciendo: "¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre" (Lucas 6:25). Y por el profeta Isaías clama: "¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra de Jehová, ni consideran la obra de sus manos" (Isaías 5:11-12). Sí, ¡Ay de vosotros que sois fuertes para beber vino, y que sois fuertes para provocar la embriaguez! Aquí el profeta enseña claramente que los festines y banquetes hacen que los hombres se olviden de su deber para con Dios, cuando se entregan a todo tipo de placeres, sin considerar ni tener en cuenta las obras del Señor, quien ha creado alimentos y bebidas, como dice San Pablo, para ser recibidos con gratitud por los que creen y conocen la verdad. Para que la sola contemplación de estas criaturas, siendo obra de Dios Todopoderoso, pueda enseñarnos a usarlas con gratitud como Dios ha ordenado (1 Timoteo 4.3).

Por lo tanto, no tienen excusa delante de Dios los que, o se alimentan inmundamente, sin respetar la santificación que es por la palabra de Dios y la oración, o abusan ingratamente de las buenas criaturas de Dios mediante la glotonería y la embriaguez, ya que la ordenanza de Dios establecida sobre sus criaturas claramente lo prohíbe. Por lo tanto, aquellos que se dedican a beber y a banquetear, sin tener en cuenta los juicios de Dios, de repente se verán oprimidos en el día de la venganza. Y de esto nuestro Salvador Cristo advierte a sus discípulos, diciendo: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" (Lucas 21:34). Cualquiera, pues, que quiera advertir a Cristo, tenga cuidado de sí mismo, no sea que su corazón se abrume con el exceso y se ahogue en la embriaguez, y sea tomado por sorpresa como ese siervo descuidado que, sin pensar en la venida de su amo, comenzó a herir a sus compañeros de servicio, y a comer y a beber y a embriagarse y siendo apresado de repente tuvo su justa recompensa con los hipócritas incrédulos (Lucas 12.45-46). Los que suelen beber profundamente y alimentarse en abundancia, revolcándose en toda clase de maldad, se quedan dormidos en ese adormecido olvido de la santa voluntad y los mandamientos de Dios. Por lo tanto, Dios Todopoderoso clama por medio del profeta Joel: "Despertad, borrachos, y llorad; gemid, todos los que bebéis vino, a causa del mosto, porque os es quitado de vuestra boca" (Joel 1;5). Aquí el Señor amenaza terriblemente con retirar sus beneficios a quienes abusan de ellos y con arrancar la copa de la boca de los borrachos. Aquí podemos aprender a no dormir en estado de embriaguez y hartura, no sea que Dios nos prive del uso de sus criaturas cuando abusamos de ellas cruelmente. Porque ciertamente el Señor nuestro Dios no sólo quitará sus beneficios cuando se abusa de ellos

ingratamente, sino que también, en su ira y gran disgusto, se vengará de los que abusan de ellos sin moderación.

Si nuestros primeros padres, Adán y Eva, no hubieran obedecido a su apetito codicioso al comer el fruto prohibido, no hubieran perdido el fruto de los beneficios de Dios que disfrutaron en el Paraíso, ni se hubieran causado tantos males a ambos, ni a toda su posteridad. Pero, cuando pasaron los límites que Dios les había designado, como indignos de los beneficios de Dios, fueron expulsados y sacados del Paraíso, y ya no pudieron comer los frutos de ese jardín del que por exceso tanto habían abusado. Como transgresores del mandamiento de Dios, ellos y su posteridad son llevados a una perpetua vergüenza y confusión y, como malditos de Dios, ahora deben sudar para ganarse la vida, la cual antes tenían en abundancia a su disposición. Aun así, si nos excedemos en comer y beber cuando Dios, con su gran liberalidad, envía abundancia, pronto cambiará la abundancia en escasez; y, mientras nos gloriamos en plenitud, él nos vaciará y nos confundirá con la penuria; sí, nos veremos obligados a trabajar y sufrir dolores de parto en busca de aquello que alguna vez disfrutamos con tranquilidad. Así el Señor no dejará impunes a los que, despreciando sus obras, siguen la concupiscencia y los apetitos de su propio corazón.

El patriarca Noé, a quien el apóstol llama predicador de justicia, hombre sumamente favorecido por Dios, es en la Sagrada Escritura un ejemplo mediante el cual podemos aprender a evitar la embriaguez (2 Pedro 2:5). Porque, después de haber bebido más vino del que convenía, de manera inmunda yació desnudo en su tienda, descubiertas sus intimidades. Y, aunque en algún momento fue muy estimado, ahora se ha convertido en el hazmerreír de su malvado hijo Cam, un dolor no pequeño para Sem y Jafet, sus otros dos hijos, que se avergonzaban del comportamiento bestial de su padre. Aquí podemos notar que la embriaguez trae consigo vergüenza y burla, de modo que nunca queda impune.

Lot igualmente, vencido por el vino, cometió incesto abominable con sus propias hijas. Así Dios Todopoderoso entregará a los borrachos a las concupiscencias vergonzosas de sus corazones lascivos. He aquí que Lot, por la bebida, ha caído tan fuera de sí que no conoce a sus propias hijas. ¿Quién hubiera pensado que un anciano en una situación tan grave, habiendo perdido a su esposa y todo lo que tenía, que había visto incluso ahora la venganza de Dios de manera terrible declarada sobre las cinco ciudades por su vida viciosa, estaría tan lejos del recuerdo de su deber? Pero los hombres abrumados por la bebida están completamente locos, como dice Séneca. Fue engañado por sus hijas; pero ahora muchos se engañan a sí mismos, sin pensar nunca que Dios con sus horribles castigos se vengará de los que ofenden por exceso. No es una plaga pequeña la que Lot adquirió con su embriaguez. Porque tuvo cópula muy sucia con sus propias hijas, que así concibieron; para que el asunto saliera a la luz, y ya no se pudiera ocultar. Nacieron dos hijos incestuosos, Amón y Moab; de los cuales vinieron dos naciones, los amonitas y los moabitas, aborrecidas de Dios y crueles adversarias de su pueblo los israelitas. He aquí lo que Lot ha conseguido con la bebida, tristeza y preocupación, con perpetua infamia y

oprobio hasta el fin del mundo. Si Dios no perdonó a su siervo Lot, siendo por lo demás un hombre piadoso, sobrino de Abraham, uno que hospedaba a los ángeles de Dios, ¿qué hará con estos bestiales esclavos del vientre, que, desprovistos de toda piedad o comportamiento virtuoso, no una sola vez, sino continuamente, día y noche, se entregan por completo a beber y a banquetear?

Pero contemplemos aún más los terribles ejemplos de la indignación de Dios contra quienes siguen con avidez sus concupiscencias insaciables. Amnón, hijo de David, que estaba festejando con su hermano Absalón, es cruelmente asesinado por su propio hermano (2 Samuel 13:28-29).

A Holofernes, un capitán valiente y poderoso, abrumado por el vino, sufrió que aquella hermosa mujer Judit le arrancara la cabeza de los hombros. Simón el sumo sacerdote y sus dos hijos Matatías y Judas, siendo hospedados por Ptolomeo, hijo de Abobo, que antes se había casado con la hija de Simón, después de mucho comer y beber, fueron asesinados a traición por su propio pariente. Si los israelitas no se hubieran entregado a la alegría de su vientre, nunca habrían caído tan a menudo en la idolatría (Éxodo 32:6). Tampoco seríamos hoy tan adictos a la superstición, si no estimáramos tanto el llenado de nuestro estómago. Los israelitas, cuando servían a los ídolos, se sentaban a comer y beber y se levantaban nuevamente para jugar, como cuenta la Escritura (1 Corintios 10:7). Por eso, procurando servir a sus vientres, abandonaron el servicio del Señor su Dios. Así también nos sentimos atraídos a consentir en la maldad cuando nuestros corazones están abrumados por la embriaguez y los festines. Así Herodes, decidido a celebrar banquetes, se contentó con conceder que el santo varón de Dios, Juan Bautista, fuera decapitado a petición de la hija de su ramera (Mateo 14:6-10). Si el rico glotón no se hubiera entregado con tanta avidez a mimar su vientre, nunca habría sido tan despiadado con el pobre Lázaro, ni habría sentido los tormentos de un fuego tan insaciable.

¿Cuál fue la causa de que Dios castigara tan horriblemente a Sodoma y Gomorra? ¿No fueron sus orgullosos banquetes y su continua ociosidad lo que les hizo ser tan lascivos y tan despiadados con los pobres (Ezequiel 16:49)? ¿Qué pensaremos ahora del horrible exceso por el cual tantas personas han perecido y han sido llevadas a la destrucción?

El gran Alejandro, después de haber conquistado el mundo entero, cayó él mismo en la embriaguez; de tal manera que, estando borracho, mató a su fiel amigo Clito; de lo cual, estando sobrio, se avergonzó tanto que por la angustia del corazón deseó la muerte. Sin embargo, después de esto no abandonó el banquete, sino que una noche se emborrachó tanto que le dio fiebre; y, como de ninguna manera se abstendría del vino, a los pocos días acabó con su vida en forma miserable. El conquistador del mundo entero se vuelve esclavo por exceso, y se vuelve tan loco que asesina a su querido amigo, está plagado de tristeza, vergüenza y dolor de corazón por su intemperancia, pero no puede dejarlo; lo mantienen en cautiverio; y él, que en algún momento había sometido a

muchos, ha venido a ser sujetado por el vil vientre. Así, los borrachos y los glotones carecen por completo de fuerza para sí mismos, y cuanto más beben, más secos se vuelven; un banquete provoca otro; estudian para llenar sus estómagos codiciosos. Por eso se dice comúnmente: "El borracho siempre está seco, y las tripas del glotón nunca se llenan".

Verdaderamente insaciables son los afectos y los deseos del corazón del hombre; y por lo tanto debemos aprender a frenarlos con el temor de Dios, de modo que no cedamos a nuestras propias concupiscencias, no sea que encendamos la indignación de Dios contra nosotros mismos, cuando buscamos satisfacer nuestro apetito bestial. San Pablo nos enseña, ya sea que comamos o bebamos, o hagamos cualquier cosa, a hacerlo todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Donde fija, por así decirlo, cuánto puede comer y beber un hombre; es decir, tanto que la mente no se vuelva perezosa atiborrándose de carne y vertiendo bebida, de modo que no pueda elevarse a la alabanza y gloria de Dios. Cualquiera que sea, pues, el que por comer y beber se vuelve renuente a servir a Dios, no piense en escapar impune.

Habéis oído cuánto detesta Dios Todopoderoso el abuso de sus criaturas, como él mismo lo declara, tanto por su santa palabra, como también por los terribles ejemplos de sus justos juicios. Ahora bien, si ni la palabra de Dios puede frenar nuestras lujurias furiosas y nuestros apetitos codiciosos, ni tememos con los ejemplos manifiestos de la venganza de Dios por comer y beber desenfrenadamente y en exceso, consideremos aún los múltiples daños que se derivan de ello; así conoceremos el árbol por sus frutos. Daña el cuerpo; infecta la mente; desperdicia la sustancia; y es perjudicial para el prójimo. ¿Pero quién es capaz de expresar los múltiples peligros e inconvenientes que se derivan de una dieta inmoderada?

A menudo sobreviene la muerte súbita en los banquetes, a veces los miembros se disuelven y todo el cuerpo cae en un estado miserable. El que come y bebe sin medida enciende a menudo un calor tan antinatural en su cuerpo, que su apetito se ve provocado a desear más de lo que debería; o bien le vence el estómago y llena todo el cuerpo de lentitud; hace que sea incapaz e indigno de servir a Dios o al hombre, no alimentando el cuerpo, sino dañándolo; y por último trae consigo muchas clases de enfermedades incurables, de las que a veces sobreviene la muerte desesperada. Pero ¿qué más debería decir a este respecto?

Porque, salvo que Dios bendiga nuestras comidas de tal forma que nos alimenten, a menos que Dios nos dé fuerza para digerirlas y para que podamos aprovecharlas, estas nos harán daño, de tal forma que, o las vomitaremos de nuevo asquerosamente, o permanecerán apesadas en nuestro cuerpo, como en un lavabo o canal repugnante, e infectarán de diversas maneras todo el cuerpo. Y seguramente la bendición de Dios está tan lejos de aquellos que usan banquetes desenfrenados, que a veces en sus rostros se ven las señales expresas de esta intemperancia, como señala Salomón en sus Proverbios. "¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amoratado de los ojos? Para los

que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura" (Proverbios 23:29-30). Noten, les ruego, las terribles señales de la indignación de Dios, ayes, tristeza, contiendas y riñas, heridas sin causa, rostro desfigurado y moretones de los ojos deben esperarse cuando los hombres se entregan a los excesos y a la gula, ideando todos los medios para aumentar sus apetitos codiciosos, templando el vino y salteándolo de tal manera, para que les resulte más deleitoso y agradable. Sería conveniente que personas tan delicadas fueran gobernadas por Salomón, quien, en consideración a los inconvenientes antes mencionados, prohíbe la vista misma del vino. "No mires el vino", dice, "cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; Mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor. Tus ojos mirarán cosas extrañas, Y tu corazón hablará perversidades. Serás como el que yace en medio del mar, o como el que está en la punta de un mastelero. Y dirás: me hirieron, mas no me dolió; me azotaron, mas no lo sentí; cuando despertare, aún lo volveré a buscar" (Proverbios 23:31-35). Ciertamente debe ser muy dañino aquello que muerde e infecta como una serpiente venenosa, por la cual los hombres son llevados a la inmunda fornicación, que hace que el corazón se vuelva perverso. Sin duda corre gran peligro el que duerme en medio del mar, porque pronto será abrumado por las olas. Es como caer de repente el que duerme en lo alto del mástil. Y seguramente ha perdido los sentidos el que no puede sentir cuando es golpeado, el que no sabe cuando es azotado. De modo que el exceso y la embriaguez muerden el vientre y causan una continua sensación de roer en el estómago, llevan a los hombres a la prostitución y a la lascivia de corazón, con peligros indescriptibles, de modo que los hombres quedan despojados y privados de sus sentidos, y quedan completamente sin poder sobre sí mismos. ¿Quién no ve ahora el estado miserable al que son llevados los hombres por estos monstruos inmundos, la glotonería y la embriaguez? El cuerpo se inquieta tanto por ellos que, como afirma Jesús, hijo de Sirac, el hombre insaciable nunca duerme tranquilamente, se enciende un calor inconmensurable, del que resultan continuos dolores y molestias en todo el cuerpo (Eclesiástico 31:20).

Y no menos cierto es que también la mente se irrita ante los banquetes abundantes. Porque a veces los hombres son atacados por el frenesí mental y son llevados del mismo modo a la mera locura; algunos se vuelven tan brutales y bloqueados que se convierten en seres completamente carentes de comprensión. Es algo horrible que un hombre se mutila en cualquier miembro; pero para un hombre, por su propia voluntad, perder su juicio es un daño intolerable. El Profeta Oseas, en el capítulo cuarto, dice que el vino y la embriaguez quitan el juicio (Oseas 4:11). ¡Ay, entonces, del hombre que cede ante aquello por lo que puede privarse de la posesión de su propio juicio! Vino y mujeres pervierten a los inteligentes, el que va a prostitutas es aún más temerario, dice Jesús, hijo de Sirac (Eclesiástico 19:2). Sí, pregunta ¿Qué es la vida del hombre que está vencido por la embriaguez? El vino bebido en exceso produce amargura y causa riñas y contiendas (Eclesiástico 31:29). En los magistrados provoca crueldad en lugar de justicia, como bien entendió el sabio filósofo Platón, cuando afirmó que "el borracho tiene un corazón tiránico, y por eso gobernará todo a su antojo, contrariamente al derecho y a la razón. Y ciertamente la embriaguez hace que los hombres olviden tanto la ley como la equidad; lo que hizo que el rey Salomón ordenara tan estrictamente que no se diera vino a los

gobernantes, no sea que al beber se olviden de lo que la ley les señala, y así cambien el juicio de todos los hijos de los pobres (Proverbios 31:4). Por lo tanto, entre toda clase de hombres, el consumo excesivo de alcohol es más intolerable en un magistrado o en un hombre de autoridad, como dice Platón. Porque un borracho no sabe dónde está. Si, pues, un hombre con autoridad fuera un borracho, ¡ay!, ¿cómo podría ser guía para otros hombres, si él mismo necesita un gobernador? Además de esto, un borracho no puede guardar nada en secreto. Se pronuncian muchas palabras vacías, necias y obscenas cuando los hombres están en sus banquetes. La embriaguez, como afirma Séneca, descubre toda maldad y la saca a la luz; quita toda vergüenza y aumenta todo mal. El orgulloso, estando ebrio, expresa su orgullo, el cruel, su crueldad, y el envidioso, su envidia, de modo que ningún vicio puede esconderse en un borracho. Además, como no se conoce a sí mismo, balbucea y tartamudea al hablar, se tambalea al caminar, no ve nada fijamente con sus ojos fijos, y cree que la casa da vueltas a su alrededor. Es evidente que la mente se sale del marco debido al consumo excesivo de alcohol, de modo que cualquiera que sea engañado por el vino o las bebidas fuertes se convierte, como dice Salomón, en un burlador o en un loco, de modo que nunca podrá ser sabio. Si alguien piensa que puede beber mucho vino y, sin embargo, estar sano, también puede suponer, como dice Séneca, que después de haber bebido veneno no morirá. Porque dondequiera que se bebe en exceso, es necesario que se produzca una perturbación del espíritu; y donde el vientre está lleno de delicias, allí la mente se oprime con perezosa lentitud. El estómago lleno produce una mala comprensión, dice San Bernardo, y mucha comida cansa la mente.

Pero, ay, hoy en día los hombres no se preocupan, ya sea por su cuerpo o por su mente; así, sus riquezas mundanas y sus abundantes tesoros son para satisfacer sus inconmensurables concupiscencias, y no les importa lo que hacen. No se avergüenzan de mostrar sus caras de borrachos y de hacerse los locos abiertamente. Se creen en buenas condiciones y que todo les irá bien, al no verse acosados por la carencia y la pobreza. Por lo tanto, para que ninguno de nosotros tenga ocasión de enorgullecerse de este exceso bestial, por la abundancia de riquezas, recordemos lo que escribe Salomón en el vigésimo primero de sus Proverbios: El que ama el vino y los manjares deleitosos nunca se hará rico (Proverbios 21:17), dice. Y en el capítulo veintitrés hace una vehemente exhortación de la siguiente manera: No os juntéis con borrachos y glotones, porque el glotón y el borracho se empobrecerán (Proverbios 23:20-21).

El que saca su patrimonio a través de su garganta, y come y bebe en una hora o en un día más de lo que puede ganar en una semana entera, necesariamente será un desaprovechado y llegará a la mendicidad. Pero algunos dirán: ¿Qué necesidad tiene alguien de criticar esto? No daña a nadie excepto a sí mismo, no es enemigo de ningún hombre excepto de sí mismo. De hecho, sé que esto se dice comúnmente en defensa de estos bestiales dioses del vientre, pero es fácil ver cuán dañinos son, no sólo para ellos mismos, sino también para la comunidad con su ejemplo. Todo aquel que los encuentra se ve perturbado por su lenguaje conflictivo y contencioso; y muchas veces, furiosos por lujurias bestiales, como caballos bien alimentados, relinchan a las esposas de sus vecinos,

como dice Jeremías, y contaminan a sus hijos e hijas. Su ejemplo es malo para aquellos entre quienes habitan; son ocasión de ofensa para muchos; y mientras desperdician sus bienes en banquetes, su propia casa no cuenta con lo necesario, sus esposas y sus hijos son maltratados, no tienen con qué socorrer a sus vecinos pobres en tiempos de necesidad, lo cual tendrían si vivieran sobriamente. No son rentables para la comunidad; porque un borracho no es apto para gobernar ni para ser gobernado. Son manchas para la Iglesia o congregación de Cristo; y por eso San Pablo los excomulga entre los fornicarios, los idólatras, los codiciosos y los extorsionadores, prohibiendo a los cristianos comer con ellos (1 Corintios 5:11).

Por tanto, gente buena, evitemos cada uno de nosotros toda intemperancia, amemos la sobriedad y la dieta moderada, entreguémonos con frecuencia a la abstinencia y al ayuno, con lo que la mente del hombre se eleva más hacia Dios y está más dispuesta para todos los ejercicios piadosos, como la oración, y escuchar y leer la palabra de Dios para su consuelo espiritual. Finalmente, cualquiera que se preocupa por la salud y la seguridad de su propio cuerpo, o desea estar siempre bien de su ingenio, o desea tranquilidad de espíritu, y aborrece la furia y la locura; el que será rico y escapará de la pobreza; el que está dispuesto a vivir sin dañar a su prójimo, ser un miembro provechoso de la comunidad, un cristiano sin manchas contra Cristo y su Iglesia; que evite todo banquete desenfrenado y excesivo; que aprenda a guardar la medida que le corresponde al que profesa la verdadera piedad; que siga la regla de San Pablo, y así coma y beba para gloria y alabanza de Dios, que ha creado todas las cosas para ser utilizadas sobriamente con acción de gracias, al cual sea todo honor y gloria por los siglos.

Amén.